

VII CERTAMEN DE POESÍA CONMEMORATIVA DE LOS MÁRTIRES DE LA UCA

Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”

Escritos por Edwin Martínez García

5 de noviembre 2014.

“Si en la cotidianidad lo que predomina es lo “superficial y lo vano”, “esas sombras de objetos” que encubren la realidad, el filósofo, al igual que el poeta, “tiene que romper con ese muro que defiende y esconde la verdad mediante ese ahondamiento en el ser, que necesariamente implica una honda penetración y desarrollo de sí mismo”.

Ignacio Ellacuría, en 1954.

I

Soneto a los mártires de la UCA

La bota que ayer pisoteó la flor
no sabe del amor y la ternura.
ser compasivo es una locura,
estar con los últimos es un honor.

La noche nos trae su amnistía,
la luz solo viene de Galilea
el Espíritu de Dios aletea
en los pobres contra la tiranía.

Mujer, niño, migrante, campesino
del Dios liberador los preferidos,
ofrecen redención al asesino.

Farolito que nos das esperanzas
alfombra: el corazón recordando,
la utopía para las andanzas.

II

Pascua en Berlín, Usulután.

Domingo de Ramos

De las venas secas del cerro espectador
río sanguíneo de creyentes hacen su andar
al ombligo del pueblo salpicado por el polvo del ayer.
Es Berlín, Usulután.
Es un canto azul,
adornado de rojas consignas como el maduro café,
detalles de orquídeas,
palabras enraizadas en las mejillas de los niños;
cansancios madrugadores,
plegarias al alba,
agitadas de ramos,
cabellos vegetales que los discípulos llevan: ramos al viento,
nuestros volcanes transpiran este día,
una infantil doxología.

El pie descalzo, ahumado por los años,
petrificado por los alucinantes jornales de cansancio,
son alabanza, canto agradecido y profecía.
No conocieron vereda segura,

para llegar a las tierras prometidas,
avanzan sólo con sus ojos en el cercano horizonte.
Mutilados pies, llagas que caminan
entre los minados surcos de la tierra.
Morena mano, verdes anillos de mango,
jade natural, incrustado en dedos torturados por el frío desamor.

Hoy son la raíz de este florecido ramo de domingo.
Dedos de palmito, trenzados para hacer nudos y rosas
que al levantarse,
la *ruah de Dios* las vuelve profecía
Y las amordazadas gargantas,
silenciadas por el ángel de la muerte,
desnudadas por el pesimismo sin esperanza,
disparan palabras de alegría, canto y poesía
a Dios, Misterio hecho nueva humanidad.

Y un nazareno, carpintero y profeta,
hoy, mesías de los pobres, Mañana, víctima masacrada,
resucita y deja la tumba vacía.
¡Ése es nuestro Rey!
¡Viva su gloria entre nuestras champas!
¡Viva su trono de carne nuestra!
¡Viva su linaje humano, como el nuestro!
¡Viva el Rey, su pesebre y su cruz!
¡Viva su poder y su silencio!
¡Viva su autoridad, libertad y ternura!
¡Viva este domingo!
¡Viva su entrada y llegada entre nosotros!

II Visita de Romero

Era un siete de diciembre de mil novecientos siempre.
Romerías y alegrías, convidados y banquetes.
Vísperas de la Concepción: Pólvora y danza.
Dos gradas solemnes,
dos velas incansables,
y una inolvidable homilía.
Entre nosotros, el pastor de un rebaño,
el de Santiago de María,
¡Monseñor Romero en nuestra fiesta patronal!

Nuestra ermita era bóveda sencilla,
techo rojo de sus tejas,
metálicas columnas pintadas,
dedos gigantescos: deteniendo una luciérnaga en una esfera de cristal.

Santuario nuestro: de piedra, barro, bambú y de carrizo.
Dios puso su tienda y habitó entre nosotros.

Después de la fiesta,
El ángel de la muerte silenció nuestros cantos.
Con palabras de plomo,
destruyó nuestra edificada ternura.
Con sus cuernos de violencia,
rasgó y mutiló la piel de nuestra iglesia,
y a patadas explosivas,
destruyó nuestro abdomen cristiano,
donde se gestaban las palabras de evangelio.

Quemó nuestros rojos poros,
cegó nuestros ojos,
al destruir nuestras artesanales ventanas.
Ceniza y tierra, agua y sangre.
quedaron los triturados huesos de la caoba y el cedro de nuestras bancas.
Y creyendo que todo había pasado,
cayó lluvia de fuego sobre nuestras casas, a plena luz del día.

Retumbos en el aire y una quemante sombra.
En la tierra: tumba abierta, cráter de la muerte,
se tragó a los vivos.
La guerra, con su terremoto, no dejó piedra sobre piedra.

Corrimos sin sentido por tantos años,
al caminar de cuarenta años, recuperamos el sentido.
Ahora, en el presbiterio,
un arbusto ha crecido,
las oxidadas columnas se mantienen en pie,
no existen las antiguas ventanas,
pero la luz del sol entra con más fuerza.

Nuestros niños han recogido las mutiladas tejas,
su balbuceo cristiano, es el nuevo latido en nuestra iglesia.
Sin cedros, ni bancas, un palo de jocote nos da su sombra y madera.
Entre las grietas del piso, nacen flores inmortales.
Del fuego arrasador, sobrevivió nuestra húmeda pila bautismal.
Y a pesar de los años y de la ausencia,
un eco recorre todavía nuestro cantón:
Es la voz de nuestro mártir y pastor.
Es la voz de aquel visitante en nuestra fiesta patronal.

III Jueves santo

Sin agua y bajo la piel del sol,
la tierra suda polvo que es aire para respirar.
Neblina asfixiante que hace alucinar,
deja en mi paladar,
Un sabor a raíz y tierra colosal.

En camino,
detrás de cada paso,
mi huella y su estela arenal,
se lanzan en mi persecución.
Compañero de camino: don José.
Un justo Simeón, esperando la promesa de Dios.

Anciano caminante que cargó en sus brazos a su hijo, que fue su salvación.
Un disparo fugaz, se lo hizo arrebatar.
Santa Cruz es nuestro Destino al andar.
Calzada de las ceibas es su final.
Después de la alfombra nácar de los cuerpos de las hojas,
una empedrada calle,
cruce perfecto para los buscadores de agua y cruz.

Caminamos hacia la ermita,
disfrazada de láminas de un hogar.
celebramos nuestra cena pascual, aún en medio del hambre y del dolor.
Asamblea y comunidad, niños y su cantar.

Se leyó el evangelio de la minoridad:
La vocación de toda institución cristiana: a los pobres, sólo servir.
Entre el agua corriendo por los infantiles pies,
descubrí el camino, el polvo, la edad
y mi desamor.
Dentro de aquel polvo,
había carne humana viva.

Recordamos a Jesús de Nazaret,
por su acción sacerdotal:
Aquí en la tierra, mostrar el rostro de Dios.
Palabras para discernir:
Aquel desnudo pie infantil,
junto al rostro del hijo que me dibujó don José.

La palabra acogedora de la madre anfitriona,
su risa pegajosa, que la mía hacia brotar.
La redondez del rostro de su hija,

Junto a sus manos y su bondad,
la buena memoria de una niña, las letanías al cantar.
El cansancio rendidor de una jornada
al hombre común.

Poca mesa,
muchos taburetes,
hambre de justicia, de techo y de luz.
Comimos el mismo pan de vida y esperanza,
cena que fue entre compañeros, amigos y hermanos.

A pesar de no conocernos nunca,
nos sentamos a la mesa,
fue el sello de la perenne comunión.

El sol ya se ocultaba.
y con nuestras láminas, cartones y sueños
improvisamos un altar.

Adoramos, al misterio que nos da alegría y sentido,
contemplamos con el sudor de nuestros rosarios,
el Misterio que no se esconde,
sino se comparte.

Y alabamos,
A la cercanía que nos hace caminar,
Al poder que nos hace servir,
Al amor que nos hace amar,
Al poder que se deja silenciar.

Santa Cruz, Usulután y Dios.
Mesa compartida,
de aquella vida que me invita a entregar.